

coretas o frailes, jamás se harán ciudadanos ni hombres en el completo sentido de la palabra. Porque Jesús, como observa Brothier, que jamás pronunció la palabra *patria*—ni en el sentido más indeterminado—ni la palabra *libertad*, no trataba de hacer ciudadanos ni hombres completos para esta tierra que iba a perecer, sino santos dignos de ser admitidos en el reino de los cielos; su moral era tan poco práctica, tan poco a propósito para dirigir el mundo, que los que la han adoptado han comenzado por huir del mundo y refugiarse en la soledad.

Como observa Letourneau, la moral greco-romana, con sus cualidades y sus imperfecciones, era laica y sobre todo cívica; la moral cristiana fué ascética. El cristianismo, en el mundo oriental, cambió completamente el objeto mismo de la ética: la vida terrestre fué considerada desde entonces como un tránsito, como un destierro, del que se trataba de salir para llegar a la Jerusalén celeste, para lo cual había que acatar unas órdenes tenidas por divinas, cualquiera que fuese su resultado en este bajo mundo. El gran deber consiste en amar a Dios y obedecerle; el gran escollo es el pecado, y aun el pecado, San Agustín lo afirma, no se evita sin la complacencia de la divinidad, con el auxilio de la gracia. El cielo es todo; la tierra nada.

Poco a poco y lógicamente se constituyó la filosofía del cristianismo, y el espiritualismo, que hasta entonces no había sido más que una filosofía, llegó a ser una religión. Pero ese trabajo de elaboración duró cinco siglos completos, y puede decirse que hasta que San Agustín, uno de los más ilustres entre los Padres de la Iglesia, dió la última mano, no se acabó la obra y el sobrenaturalismo cristiano tuvo su fórmula definitiva.

No obstante, desde el principio de la predicación cristiana, y en virtud de su mismo espíritu, la materia, el cuerpo, este bajo mundo, fueron despreciables y viles: el objeto de la vida

era el cielo, «el otro mundo»; el ideal moral era la santidad; la abstinencia, la renuncia, las maceraciones y la mortificación fueron los medios por excelencia para alcanzarle, y el desprendimiento ascético de los hindus fué imitado y hasta excedido, mientras una dulzura resignada y anonadadora, como debilitado eco del budismo, impregnaba sobre todo la moral evangélica.

Se ha dicho con razón que la ética dulce, misericordiosa y resignada de los evangelios no era nueva, y en realidad, bajo ciertos aspectos, no era más que una copia debilitada del budismo. *El amor del prójimo* se remonta al vedismo, en el que había tomado una forma más amplia. Los *Vedas* y el *Manava-Dharma Sastra*, el *Itihasa* y el *Purana*, no cesaban de predicarle. En la antigüedad greco-romana también se halla en Cicerón y en Pitágoras el sentido de la caridad. En cuanto a la célebre fórmula: *Ama a tu prójimo como a tí mismo*, se halla en los escritos de uno de los discípulos inmediatos de Confucio, y formaba parte de la enseñanza de uno de los moralistas más notables de la Judea, Hillel el Antiguo, que pertenecía a la escuela farisaica y vivía un siglo antes que Jesús. Esta otra sentencia: *No hagas a otro lo que no quisieras que te se hiciera*, estaba escrita en el capítulo IV, 16, del libro de Tobías, que todos los judíos sabían de memoria.

Lo que pertenece al cristianismo es la leyenda de su Cristo dulce y bienhechor en su vida, salvador por su muerte trágica; en una palabra, revestida de todo el prestigio moral del Justo mesiánico anunciado por los profetas y por Platón.

Compréndese el amor que sentirían por el *Hijo del hombre*, como se nombraba a sí mismo, todos los torturados, todos los tiranizados, todos los heridos por la dominación romana; aquel sublime proletario que había pasado, según decían sus discípulos, consolando, ilustrando, curando y purificando los enfermos del alma y del corazón.